

Con efecto; preceptuó á Moisés dispudiese que todos los días del año ofreciese el sacerdote un becerro por la expiación del pecado, y además dos corderos de un año (1). Los particulares deberían ofrecer un macho inmaculado cuando gustasen presentar la oblación por sus pecados (2). Por el pecado del sacerdote era preciso inmolarse un becerro, y otro tanto exigía cuando pecaba el pueblo. En una palabra, por cada género de pecado eran ofrecidos uno ó dos animales, según prescribía el Levítico.

Ahora se comprenderá por qué razón eran sacrificadas tantas reses, pues atendidos la fe y el fervor de los príncipes y de los sacerdotes, á este tenor eran inmolados un número más ó menos considerable de animales irracionales. En la dedicación del templo salomónico ordenó matar el rey veintidós mil toros y ciento veinte mil carneros (3).

El Altísimo ordenaba las antedichas disposiciones á su pueblo predilecto, las cuales, aunque muy justas, no deberían dejar de ser costosas á una nación que no era de las más extensas; al fin, Dios, como dueño de todas las cosas podía exigirlo: pero que el infernal espíritu, llamado con toda propiedad *mona de Dios*, pretendiese conseguir de todas las naciones politeístas semejantes honores, esto era inaguantable y daba á conocer la soberbia inmensa de que está revestido el ángel caído. Pero así sucedió, aunque con mucha diferencia entre el Dios de la verdad y el espíritu de las tinieblas respecto al número de irracionales sacrificados y en cuanto al fin. El Dios de la verdad se contentaba con tres sacrificios diarios en cada uno de los cuales se ofrecía una sola res, á excepción de cuando los individuos pecaban, en cuyo caso eran inmoladas unas pocas más; pero el diablo exigía de sus adoradores, víctimas sin cuento, y jamás saciaba su codicia de sangre de animales. El Dios de la verdad ordenaba los mencionados sacrificios para fines altísimos como era la redención del hombre; pero el espíritu de la mentira los

(1) Exod. XXIX, 36.
 (2) Levit. I, 3.
 (3) Paralip. II, cap. 7.

deseaba con el fin de disminuir el número de bestias útiles al hombre y de ser reconocido como señor de las criaturas. Lo cierto es que antes del Cristianismo, el diablo tenía esclavizados, bajo su ignominiosa férula á casi todos los pueblos del globo para que le honrasen con inmolaciones semejantes.

En efecto; había entre los paganos cuatro casas consagradas á cuatro planetas que simbolizaban otras tantas divinidades; en una se sacrificaban las tórtolas, en otra las ovejas, en la tercera los bueyes y los cabríos en la última (1). Italia, Grecia y otras muchas naciones bárbaras, solían ofrecer á sus falsas deidades una Primavera santa en la que inmolaban todas las bestias que nacían en los meses de Marzo y Abril. Italia sola pagaba anualmente á Júpiter y Apolo la décima de cuantos animales brutos existían en sus dominios. Los dinamarqueses conservaban la pésima costumbre de inmolarse á sus dioses por el mes de Enero noventa y nueve caballos y otros tantos gallos y perros.

Ved á que estado había sido reducido el mundo por el espíritu del mal. Cansado estaba Nuestro Señor de los sacrificios de los hebreos, pues en frase del Sagrado Texto le provocaban á náusea, pero mucho más estaba irritado de la conducta observada por las naciones paganas que destruían sin provecho una obra criada por el Eterno para utilidad material del hombre. Los irracionales para el hombre son, como el hombre es para Dios; por esta razón muy sencilla, entre otras poderosísimas, pensó el Divino Señor instituir el Sacrificio de la Eucaristía que contendría infinitamente más virtud que el que poseían las inmolaciones hebraicas y por el que todas éstas fueran disipándose como se disipan las nubes al brillar potente el sol del firmamento.

Todo esto sucedió en efecto. ¿Se ha visto que la historia refiera un solo hecho de sacrificios de irracionales en los pueblos que abrazaron la fe católica? Si no lo encontramos, demos gracias al Señor omnipotente que se dignó benefi-

(1) Kuircher in *oedipo*.

ciarnos con un sacrificio tan poderoso y de tanto valor que no sólo sustituye y con ventajas á los mosaicos, si que también ha hecho olvidarles y desaparecer del mundo católico.

Con este procedimiento tan sencillo como misterioso se salvaron los irracionales seres; éstos, si capaces de razón fueran, entonarían un cántico de gracias á la Majestad Suprema, á la Divina Eucaristía por haberles alcanzado beneficio tan inmenso, y exclamation llenos de júbilo: *Jumenta salvabis, Domine.*

Hemos llegado, empero, á unos tiempos de tanto indiferentismo religioso, que por lo mismo es preciso llamar la atención sobre un punto relacionado íntimamente con la doctrina que vengo sustentando. He probado que á medida que la fe católica ha ido arraigándose en los pueblos y en consecuencia, el Sacrificio de la Eucaristía ha sido adorado y proclamado por sus moradores, á ese mismo tenor han ido desapareciendo los sacrificios demoniacos; mas en estos tiempos modernos, corrientes enteramente contrarias, brotadas de los antros infernales, han venido sucediéndose sin interrupción, causando en la grey de Jesucristo daños incalculables. Las ideas contemporáneas, funesta mezcla de los errores antiguos, despreciando como sistema rancio á la verdad católica, y mofándose de ésta por cuantos medios lograr pudieron, han conseguido infiltrarse en no pocos cerebros ligeros y orgullosos ó llenos de prevención, logrando extraviarlos. Por esta causa, no puede extrañar que el demonio comience de nuevo á ejercer poderoso imperio sobre la sociedad actual, ya que ésta ha pretendido remover del trono á su Dios; no puede extrañar que en nuestros días se repitan escandalosamente los sucesos acaecidos en los pueblos bárbaros; no puede extrañar finalmente que se vierta mucha sangre en honor de los demonios. Éste es el suceso contemporáneo; sin embargo, me gusta probar mis aserciones con argumentos sólidos. Todos sabemos en qué consistió el pavoroso acontecimiento de la Revolución francesa. Las ideas antirreligiosas, seguidas de espantosa desmoralización, habían cundido en no

pocos infelices de la vecina República. Se pretendió envenenar todos los cerebros y corromper todas las conciencias de la Francia, y el espíritu del mal no pudo encontrar revolucionarios más á propósito que Robespierre, Danton, Marat, Felipe Igualdad y sus cómplices, afiliados á la secta demoniaca, para llevar á cabo un trastorno tan hondo y de consecuencias tan funestas. Lucifer quiso erigirse en soberano absoluto de la sociedad; sus ministros le ayudaron en su empresa, y á la señal convenida veríais rodar por el suelo las cabezas de hombres y mujeres, los más nobles, los más sabios, los más virtuosos; hasta las testas coronadas se inclinaron bajo la segur de la revolución. El demonio había triunfado; simbolizado en la diosa Razón, fué proclamado por Rey y Señor de la sociedad francesa y ocupó el lugar de Jesucristo; ante sus aras inmorales y rociadas de sangre humana eran sacrificadas nuevas víctimas. Era una época de satánico furor por resucitar los tiempos del paganismo; no se querían altares, iglesias y sacerdotes; aquéllos eran profanados, saqueados y destruídos; éstos guillotinos ó hundidos en el Sena y en el Océano; se erigieron no obstante altares á los dioses mitológicos, y hasta se acuñaron monedas con las efigies de Bruto, Catón y Hércules. Cuando la guillotina perdió el filo cansada de separar cabezas del tronco, (1) se apeló á la ametralladora, produciendo su efecto en grupos de centenares á la vez. Y cuando este procedimiento les pareció lento echóse mano de barcos con falso fondo, que llenaban de ciudadanos y los sumergían en medio del mar. Y finalmente, cuando todo este infernal aparato no produjo todo el efecto deseado, se escogió otro medio que era el colmo de la barbarie moderna: se arrasaron é hicieron desaparecer del número de los pueblos á León, Marsella y Tolón. Ved, cuán certísimo es que á medida que se ha despreciado el Catolicismo y con él el sacrificio de la Eucaristía, se han aumentado los sacrificios de humanas víctimas en honor de los demonios.

(1) En el espacio de cuatro meses subieron al cadalso más de doce mil mujeres.

Esto que, con vergüenza de los pueblos cultos, pasó en la Francia, se ha hecho sentir más ó menos acentuado en otras naciones que, abandonadas á sus deseos depravados, y odiando al Crucificado, prepararon esos acontecimientos salvajes, propios de pueblos incivilizados. Por esta razón y no por otra, como las naciones en general han lanzado oficialmente á Jesucristo de su solio, y en su Sacrificio eucarístico no distinguen más que un formulismo litúrgico, he ahí por qué aumentan de día en día las víctimas humanas; y una revolución sucede á otra, y el orgullo y la independenciam, el libertinaje y la barbarie se nos arrojan encima, hasta que venga con sus manos crispadas la anarquía, que acabe con todo lo existente, y entonces se cumpla totalmente á la letra aquella profecía: Que cuando desaparezca la Hostia de los altares tendrá fin la humanidad.

Todavía debemos reconocer en el Sacrificio de nuestros altares una grandiosa ventaja sobre los antiguos sacrificios. Consiste en que respecto á su materia es infinitamente menos costoso que el que ofrecían los pueblos mosaico-gentílicos. No necesitaría probar mi aserto porque salta á la vista su verdad, pero es preciso no olvidar que, considerado el valor de la vida humana y la injuria y daño gravísimos que comete quien la destruye (si exceptuamos al Ser supremo del cual es la vida y la muerte) podemos inferir cuánto no costaba materialmente un sacrificio de humanas víctimas, comparado con el eucarístico que con un poco de pan y vino se dispone la materia apta para su celebración. El paralelo entre uno y otro sacrificio no debería hacerse, pero lo he puesto de manifiesto para realzar más las ventajas de nuestro Sacrificio.

Si á esto añadimos lo que costaban las inmolaciones hebráicas, y aun paganas, llevadas á cabo con víctimas irracionales, excusa decir que apenas existirían reses para el consumo del hombre. ¡Ah! cuán bondadoso es Nuestro Señor que nos ha regalado un Sacrificio saludable, eficaz y de valor infinito á la par que económico!

He ahí por qué este divino Sacrificio goza de la dote de continuidad, circunstancia que encarece todavía más la utili-

dad de los beneficios anteriormente señalados. Este bello Sacrificio es ciertamente estable; la historia no lo desmentirá jamás, antes bien apoyará esta afirmación con testimonios y documentos irreprochables. Pasaron los heresiarcas; se desvanecieron como el humo sus errores; nada quedó de sus escuelas, de sus fundaciones, de su doctrina; si acaso queda algo es una triste mezcla y confusión de ideas que espanta; al fin nada íntegro resta de los pretendidos reformadores de la Iglesia y de la sociedad; sin embargo, la Religión de Jesucristo, y con ella su augusto Sacrificio, permanecen á través de los siglos, tan puros hoy como en los principios de su institución, tan brillantes actualmente como cuando brotaron de los labios del Hombre-Dios; y eso no obstante las terribles persecuciones de que han sido objeto, su pobreza y su independenciam constantes, que prueban de una manera muy palpable la estabilidad de la santa Eucaristía. Y como una de las notas más salientes de la verdad es su duración, resulta (y sea probado de paso) que nuestro augusto Sacrificio, por el mero hecho de ser continuo, es verdadero, el único verdadero, por cuanto no puede haber más de un sacrificio agradable al Eterno.

Existe un hecho, por cierto muy curioso, que viene á demostrar la estabilidad de la Divina Eucaristía. Sabemos que su materia remota son los granos de trigo y los de vid, y que con estos productos tan ordinarios y generales debe celebrarse el único verdadero Sacrificio. Pues bien; para que se trasluzca en el universo una prueba más de la estabilidad de la Santa Eucaristía debo hacer presente que mientras el hombre exista, por la misma razón que necesita alimentarse, será de todo punto imposible que deje de existir materia para la celebración del Sacrificio eucarístico. El artículo de primera necesidad para el organismo humano es el pan; el vino lo es de necesaria simpatía. La mano del Altísimo ha velado y velará siempre para que estos artículos, al menos el primero, se reproduzcan en todos tiempos y en todos los lugares; y es curiosísimo observar cómo en los montes más encumbrados, donde apenas se distingue la huella humana, se arraigue in-

cultamente la semilla de trigo entre las grietas casi imperceptibles de las duras rocas, y allí crezca, se desarrolle y produzca su fruto natural, tan hermoso como el cultivado en las fértiles vegas de regadío; esto prueba que si por un imposible la semilla de trigo desapareciera en los países donde es cultivada, existiría, empero, incultamente producida en los montes, á los cuales la Providencia divina, por medio de inconscientes avejillas ó mediante el tempestuoso viento, transportaría la suficiente con objeto de que, convenientemente dispuesta, fuera apta para la celebración del Sacrificio de los altares. ¡Qué misterios tan bellos y elevados existen en la Creación, para que nuestro espíritu, llevado en alas del agradecimiento hacia Dios, medite en las bondades divinas!

Resumiendo las ideas precedentes, y deseando ver de un solo golpe de vista la doctrina que de exponer acabo, recordaré que el adorable Sacrificio del Altar ha hecho cesar y hasta olvidar los homicidios y suicidios, que se perpetraban con motivo de las inmolaciones ofrecidas á los demonios; que en cambio nos dispone un Sacrificio purísimo, ventajosísimo, de precio infinito, poco costoso y permanente; que hasta los seres irracionales han experimentado estas inmensas ventajas, viéndose libres de ser inmolados neciamente en honor de los espíritus malos, por parte de los idólatras y en honor del verdadero Dios, por parte del pueblo israelita; que este Sacrificio santo nos salvará, beneficio que no podían conseguirnos los antiguos sacrificios y que, por último, tantos bienes por Él derramados y sobre todo su estabilidad prueban una vez más la verdad del dogma eucarístico, y por consiguiente la Religión Católico-Romana.

¡Hombres que todo lo dudáis, que todo lo criticáis, que lo negáis todo! ¿os habéis fijado en las páginas precedentes? Yo os convido á un rato de lectura y de meditación, y luego que hayáis reflexionado despacio, creo no seréis tan osados que neguéis la verdad de nuestros dogmas y que os moféis de nuestros Sacramentos; si esta conclusión no obtuvierais, creería con fundamento que vuestro cerebro se os había desvanecido por completo.



CAPÍTULO XXIII

La Eucaristía y las Iglesias Orientales heterodoxas

El Oriente; secular teatro de las maravillas divinas en el que se desarrollaron las escenas todas de la Ley antigua, donde repercutió cien veces la palabra del Excelso, y fijaron sus bucólicas tiendas los patriarcas, y vaticinaron los santos profetas. El Oriente; augusta cuna de la Religión única, testigo sin segundo de los prodigios del Hombre-Dios, de las predicaciones de los apóstoles, de la sangre de los mártires, de la pureza de las vírgenes y del heroísmo de los penitentes. El Oriente; arca hermosa de la santidad evangélica, centro del saber cristiano, valiente defensor de los fueros católicos y maestro sabio de todas las Iglesias del Orbe: fué también el primero que vió con intenso dolor rasgada la túnica inconsútil de su fe, practicada violenta escisión en su unidad con la santa Cabeza de la universal Iglesia y reducido su estado eminente de virtud, de saber y de honor á un grado de envilecimiento que entristece pensarlo. Dejemos á un lado indicar la causa de semejantes desgraciados fenómenos, ya que no importa á nuestro estudio. El título de este capítulo, necesario á toda Obra universal eucarística, viene á llamarnos poderosamente la atención sobre las Iglesias Orientales heterodoxas, á fin de que examinemos si éstas, aun llevadas del largo paroxismo de su cisma, han claudicado en la fe de la Eucaristía. Si de nuestro estudio logramos persuadirnos que los cismáticos orientales, después de nueve siglos de pocas veces